

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

GUILLERMO TREJO

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITÉ DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.

-- Arturo Prat 1428 --
Santiago de Chile, 1983

¿Quién soy?

GUILLERMO TREJO

En toda obra literaria está inserta la biografía del autor. Eso no es misterio para nadie y constituye, casi, un lugar común afirmarlo. Es una perogrullada, al tiempo que también una *perogrullaga*. Sin embargo, si debemos contar nuestra biografía, de inmediato surge la problemática de la verdad. ¿Dónde está la verdad que buscamos para nosotros y qué debemos ahora contar a los demás? Hay mucho de ficticio en todo lo que se cuenta y un sí es no es de literario en lo que se vive. Y si ello no ocurriese así, sería nostálgicamente aburrido. El escritor descubre lo literario mientras vive su propia vida, aunque ella se le presente en ambientes modestos, campestres o hasta recoletos. No necesitó Emily Dickinson nada fuera de su encierro para darnos un hermosísimo

mundo de creación intensa, profunda, terriblemente dramática. Un doloroso hecho un tanto oscuro, casi mítico, la habría confinado a la soledad para siempre. Fue una religiosa de claustro para su poesía. No respetó las leyes ni los principios un Francois Villon, porque el arte no exige moralidad a la vida de los artistas. A lo menos convencionalmente hablando, no es necesaria esa moral deontológica. Y si lo dudáis preguntadlo a Jean-Genet.

Luego vienen las amistades particulares. Esas que roturan nuestro suelo interior, esas que nos guían de verdad. ¿Qué lugar otorgarles en nuestro ser creador? Valery decía en una de sus *varietés* titulada *Dernière visite à Mallarmé*, que cuando comenzó a frecuentar al poeta en persona, la literatura aún no significaba nada para él. “Leer y escribir me pesaban y confieso —afirma con valentía— que algo de ese tedio aún persiste en mí”. Y cito esto porque no deja de ser curioso que yo también haya sido, como lo sostengo más adelante, un mal lector, un pésimo alumno de castellano y de muchas otras asignaturas, y que un buen poco de ello también persiste todavía en mí. Mi demanda es justa, pues, para este símil con Valéry,

porque yo también tuve esos amigos especiales; coetáneos y mayores que yo, que creyeron en mí y me dieron alientos.

¿Y qué decir de los objetos que nos han entregado su callada sabiduría, su ínclito desafío? Esos objetos minúsculos y esos otros mayores, como las casas de nuestra niñez, las flores del campo, el primer reloj de bolsillo, los primeros pantalones largos, tan juntos a veces a nuestro primer desengaño de amor. Cómo contar en una biografía esa intimidad exquisita de las cosas con nosotros mismos, esa fragilidad temporal de nuestra memoria. ¿Acaso no tenemos todos nuestra magdalena para untar en el té, esa magdalena que nos puede abrir el derrotero desde el lado de Guermantes o desde el lado de Swan, pero que finalmente constituye la construcción esencial y trascendente de nuestra persona?

Además están los padres que nos defienden del demonio interior. Sobre todo del reflejo exterior de ese demonio que, según ellos, no nos dará de comer y nos llevará a la miseria. Y todo finalmente culmina en una heroica aceptación paternal y materna.

Llega por último el más inocente de nuestros

seres próximos, ese que se unce al yugo para siempre, el cónyuge. Y recuerdo aquí las palabras introductorias de André Bay a la versión francesa de las cartas de Katherine Mansfield con su esposo y editor, John Middleton Murray. El más seguro de los admiradores de Katherine Mansfield —dice— el más devoto de su talento, desde los inicios de su carrera y que no sólo es su consejero y su corrector, sino que llega a ser su tipógrafo, es su marido, John Middleton Murray. Recuerdo estas palabras para decir aquí, con la gratitud que siempre ha sido secreta y que ahora me enorgullezco de hacer pública, que si bien mi mujer, Amanda Vidal, no ha sido mi tipógrafo, aunque sí mi consejera y no pocas veces mi correctora en hechos de la vida, ya que no en cosas de la literatura, ha mostrado una devoción del mismo grado de heroicidad y hondura que John Middleton Murray. Ellos pertenecen, junto a Théo Van Gogh, a ese linaje de seres sin los cuales la vida de muchos artistas sería todavía más aciaga, más dificultosa y quizá si hasta imposible.

Vayamos ahora hacia el origen. Recapitulemos. Hacia el hondor del camino interno, en donde yacen los íntimos secretos que no conocemos

íntegramente, porque forman parte del secreto misterio del inconsciente propio y de su intercambio con el inconsciente colectivo. Intentemos otear en ese laberinto donde se gestan las ideas y las emociones creativas, todas basadas en la experiencia real y en la ignota experiencia. Veamos si realmente podemos entregar biográficamente y con síntesis algo —un poco solamente— de lo que hemos vivido mi alma y mi cuerpo, bajo la batuta temporal del acontecer cotidiano.

I

Nací en un Temuco calentado por un pálido sol de verano: en el interior de una casa de insignificante apariencia, sin estilo arquitectónico ni especiales características, salvo su sólida estructura para resistir la violencia del clima que surge de la implacable naturaleza de nuestro sur.

Era una noche plácida. El reloj acababa, cinco minutos antes, de dar las 10 de la noche de aquel 17 de enero de 1926 que moría sin historia. Había nacido, en consecuencia, con un estricto carácter fronterizo: en la capital de esa región que, precisamente se llamó la Frontera; en la linde final

del día y también en la línea demarcatoria del signo zodiacal de Capricornio.

Mi nacimiento fue el mejor regalo que recibiera mi padre en su trigésimo cumpleaños, porque él también había nacido un 17 de enero, en 1896. Y también a las 10.05, sólo que de la mañana, una mañana luminosa y sureña de la germánica ciudad de Osorno. Y ambos en domingo.

Puedo, pues, asegurar que abrí mis pequeños ojos junto a un padre exultante, a pesar de que por entonces no tenía muchas razones para estar alegre. Su salud era precaria y nada hacía presumir que viviría —a Dios gracias— hasta los 86 años, excepto la tradición genética familiar, plena de longevos. A mi padre se le había diagnosticado una tuberculosis, lo que hizo que su tan extraordinario y oportuno regalo se transformase al instante en un cúmulo de prohibiciones, un símbolo de lo que se deseaba amar, besar y acariciar, pero al mismo tiempo no debía hacerse. Y mi madre, una frágil muchacha de apenas 19 años, plena de temores, no sólo debió de exigir el máximo de precauciones, sino que las rodeó, seguramente, de enhiestos temores, los que crecieron y brotaron junto a mí como espadañas y abrojos.

De la misma manera como la tuberculosis de mi padre resultó finalmente falsa, a pesar de las hemoptisis y la hética flacura de carnes que lo caracterizó hasta más allá de los cuarenta, porque hacia esa edad se volvió, al menos por un tiempo, un padre obeso y algo regañón, también mostró su inverecundia para mí la realidad que se extendía ante mi vista: nos mudábamos de ciudades como otros lo hacen de casas. Mi padre, en su calidad de empleado bancario, sufría permanentes traslados que estaban muy ligados a su carrera.

Mi madre y nosotros los hijos fuimos desarrollando un espíritu bohemio y gitano que terminó por gustarnos. Más tarde, nuestros condiscípulos y amigos también se plegaron a nuestros viajes, ya que una vez instalados en Santiago, nuestras vacaciones las íbamos a pasar con nuestro padre en alguno de sus destinos y no solamente nos llevábamos nuestros bártulos y menajes, camas, petacas y gatos, sino también a nuestros compinches de barrio, de colegio y, más tarde, de universidad. De algunos de esos viajes participaron Carlos Rauld Alvarez, a quien debo mi iniciación en la poesía y los hermanos Di Girolamo, recientemente llegados a nuestra tierra, entre otros.

Mi vida infantil, en cambio, fue anormalmente introspectiva. Aún hoy en día me cuesta desligar lo que realmente ocurrió de aquello que fue-
ra imaginación personal. La poblada mente mía
construía a diario sus propios mundos que trans-
currían formando mestas poderosas con el río de
la vida exterior. *Coloro chi veramente sanno* —co-
mo dicen los italianos— que se lo expliquen y
quizá si coincidan conmigo en convenir esto: no
es muy frecuente que el hijo primogénito de una
pareja joven nazca en la misma fecha del cumple-
años de su padre, a la misma hora, pero con la
necesaria salvedad, diría yo, de ocurrir en la ma-
ñana uno y en la noche el otro, como para formar
ese círculo de interacción que buscan y respetan
los taoístas, y como si todo fuera poco, en las mis-
mas calles, Manuel Rodríguez casi esquina de Ar-
turo Prat, con la otra debida salvedad de que no
fueran las mismas ciudades. Osorno. Temuco.

Tampoco es corriente que una persona tome
contacto real con la muerte apenas a los tres años.
Un enfrentamiento con ella, del cual resulten pro-
cesos interiores y madureces prematuras que mo-
difiquen, salpimenten y estructuren todo un por-
venir vital y, muy probablemente, toda una voca-

ción artística y un deseo de engendrar vidas que lleven en sí un germen de eternidad.

La muerte se me presentó entre las aguas, surgió del recial tumultuoso del principal de nuestros ríos. En uno de esos viejos automóviles de los años 20, alto, más bien altanero, consciente de su prosapia de iniciador de la raza, viajábamos desde Mulchén a Los Angeles, mi abuelo Manuel Maturana Feliú, antiguo oficial de las huestes del 79, que había estado en la ocupación de Lima, su hermana Amadora (abuela de Oscar Pinochet de la Barra) y mi abuela Hortensia Delón, tía de Augusto Eguiluz, el pintor impresionista que por años enseñó en el Bellas Artes. Mi abuelo era, a la sazón, gobernador de Mulchén y acudía a reunirse con el Presidente Ibáñez para asistir a la Exposición Agrícola y Ganadera de Los Angeles.

Por mi condición de primer nieto, yo era el mimado y el regalón de mis abuelos. En una visita reciente a sus padres, porque igualmente regalona que yo era mi madre, me había dejado a pasar una temporada, aprovechando, precisamente, el hecho antes señalado de que mi abuelo debía acudir hasta Los Angeles por motivos de su cargo.

¡Qué cantidad de hermosos e importados ju-

guetes compartían con los tres adultos y el niño, el estrecho espacio del erguido automóvil! ¡Cuánto alimento para las aguas ansiosas del Bío Bío, al que comenzamos a atravesar en una balsa! De pronto, mientras mi abuelo se deleitaba mirando las aguas desde la orilla de la almadía se produjo la soltura de uno de los cables que la guiaban. El semihundimiento y el tirón violento que produjo el accidente, arrojó a mi abuelo y a los bateleros a las turbulentas olas del río. Sólo horas después nos lograron rescatar. Durante todo ese tiempo mi abuela me había mantenido en alto, mientras las aguas le pasaban a ella, barriéndole el pecho. El cadáver de mi abuelo fue rescatado varias horas más tarde a veinticinco kilómetros del lugar. En sus manos mantenía asidas diversas plantas arrancadas de raíz. Pero el veredicto del legista nos tranquilizó en medio del dolor: había fallecido de una crisis cardíaca causada, seguramente, por la impresión y el frío de las aguas. Lo que la guerra de 1879 no consiguió, lo lograron las turbulentas aguas del Bío Bío. Mi abuelo, fronterizo como yo, abandonó este mundo días antes de cumplir los 70 años.

Durante diecisiete años lo lloré. Mi madre

no permitía que se tocaran sus discos preferidos y nada que lo recordase fue puesto, por largo tiempo, al alcance de mi vista o mis oídos. Ignoro si este hecho doloroso determinó una mayor acentuación de mi soledad interior como niño. La muerte de mi abuelo me rondaba. Me fue muy difícil aceptar su ausencia, prescindir de su amor, de sus regalos. Amé desde siempre los juegos solitarios, productos de mi propia imaginación, de mis creaciones y mis fantasmas. Las enormes casas que habitamos siempre, dieron a mis sueños la amplitud y las dimensiones de abandono y soledad necesarios. Esas casas se tornaron auténticos personajes y han influido en todos mis relatos, de la misma manera que fueron escenarios de mis juegos. Como fantasmas todas ellas se encuentran en sitios que hoy no sabría encontrar, en calles que no tienen identificación espacial y muchas fueron demolidas o destruidas por incendios. Sin embargo están vivas y completas en mi recuerdo y, en parte, también presentes en las casas, palacios, mansiones de mis cuentos, aunque tan inéditas como esos relatos.

Más adelante, como quien mezcla los naipes de una baraja, las casas de mis viajes, de los países

exóticos en que pasé momentos de mi existencia, imbricaron sus muros, sus cimacios, sus golas, sus molduras, sus porches y techumbres, gabletes y aguilones, hasta formar una veta de infinita capacidad de producción con la que puedo contar siempre que desee construir alguna nueva mansión destinada a engatusar a mi imaginación para que me entregue todas las dimensiones de mi creación y con ella jonjabar a la leyenda y a la musa, a fin de no ser seducido sino por la verdad intrínseca del alma propia que dialogue con la verdad de otras almas y formar así el alma del arte, a partir de la cual como la jácena de la construcción maestra, se comprenda la belleza, se goce de ella y se comparta luego ese gozo.

El fin de mi infancia y el comienzo de mi adolescencia están marcados por el aire de los campos y los viñedos de la zona central. Allí aprendí a gozar de la naturaleza y conocí también cómo y hasta dónde respetarla, y refugiarme en su regazo cuando fuere menester frente a un peligro.

En las alquerías y cortijos pertenecientes a los fundos de mis amigos, del mismo modo que entre mi familia, los maullidos de los gatos regalones —las fieras necesarias para las selvas de mis

creaciones lúdricas— se mezclaban asimismo en mi imaginación con los pasos de los personajes de mis lecturas infantiles. Podía escuchar con nitidez, junto a los ruidos de las faenas campesinas, el taconeo de las almadreñas de las campesinas flamencas u holandesas; el susurro de las abarcas de los labriegos españoles y el más real y duro paso de nuestros mal llamados inquilinos, con sus ojotas y sus pies cazcarrientos.

El ladrido de los perros y su siguiente gañir tras un puntapié, solían despertarme violentamente de mis ensueños y traerme a una realidad que me costaba aceptar y más aún resignarme a ella. El único recurso que tenía eran mis libros favoritos, en especial los de Salgari.

Nunca he sido un gran lector. Lo he anhelado y buscado durante toda mi vida. Pero me ha sido imposible leer en cantidad, debido a mi propia exigencia de comprender a cabalidad lo que leo, circunstancia harto difícil porque soy de lenta absorción y de maceración tardía.

Las obras más plenas de aventuras me resultaban, por cierto, menos complicadas en tiempos de mi adolescencia; sin embargo, surgía cada vez con más fuerza en mí el deseo insofrenable de co-

nocer más autores, desentrañar los secretos tentadores que me exhibían los libros tras sus cubiertas, por humildes que éstas fuesen.

Una hermosa pereza que de alguna manera también he cultivado, entraba en violenta colisión con el deseo de leer. Y si bien dicho deseo ha salido siempre triunfante, la pereza vencida se ha transformado en mi camarada secreta, la que me inspira mis peores pecados creativos, la que ama mis poemas y me los dicta en el silencio de la meditación.

Mientras fui estudiante de secundaria me brotó como más tentadora esa pereza de leer y, por lo mismo, perdí dolorosamente mi tiempo y no supe gozar de las lecturas obligatorias que me imponía el colegio. ¡Cuánto he debido lamentarlo en el curso de mis años siguientes! Cuánta lectura que debió crecer conmigo hube de enfrentarla, ya adulto, de una manera diversa y por mor de un impulso casi profesional. Escuchando a mi mujer, que fue capaz durante nuestro breve noviazgo de recitarme pasajes completos del Poema del Mío Cid, he sentido muchas veces la sensación de que nunca podré recuperar —ni siquiera a lo Proust— ese tiempo perdido.

No fue sino hacia 1945 cuando comencé a experimentar el reconcomio de las letras desde dentro de mí mismo. Mis primeros contactos con escritores jóvenes, poetas en particular, me incitaron a verter todo cuanto se exponía a mi imaginación. Pero nada resultaba por lo derecho. Nada lograba entusiasmarme. Muy por el contrario, cuán inalcanzable me parecía el logro de un poema. Y qué ignorante me sentía luego de escuchar a mis amigos disertar sobre los alcances del surrealismo, los poetas malditos, los clásicos alemanes, el imposible Goethe, el oscurísimo Mallarmé, el caudaloso Whitman . . . Escondido en mi alcoba, leía con desesperación. Sin lograr establecer diferencias claras de valores, me envenené de Nervo y otros sucedáneos, a la vez que proseguía rompiéndome la cabeza por entender a aquellos que me recomendaban por importantes, geniales, decisivos. Esa hermosa y solitaria forma de sufrimiento fue poco a poco transformándose en una especie de seguridad, cuyo evangelio era Rilke, personificado en su magnífica carta para un joven poeta, que es el documento fundamental para todos los poetas jóvenes que luchan en la selva aún más caliginosa que aquélla que Dante describe *nel mez-*

zo del camin de nostra vita. Yo había nacido a la poesía con mi *diritta via* ya *smarrita*. No perdía por ello la fe, pero sí sentía tambalear la esperanza. Lenta pero segura y pacientemente fui construyendo mi Teseo interior. Armé mis andamios para trepar hasta mi cima. Tropecé y caí. Volví a levantarme con renovados bríos, como Anteo al contacto con la tierra. Y para ocultar mis temores frente al mundo, me bauticé con un nuevo nombre. Alonso de Ercilla, por un lado y un poemita de Alberti, por el otro, dieron como resultado un apelativo que me pareció apropiado. Había aparecido un nuevo ser: *Alonso Laredo*. Ese nombre habría de acompañarme algunos años y con él viajaría por el mundo, frecuentaría a escritores importantes, algunos de los cuales fueron mis amigos; pero no conseguiría formar con él un heterónimo de aquéllos que multiplicaron por cuatro la vitalidad creativa de Fernando Pessoa. La verdad fue que solamente había obtenido un seudónimo.

Y prosigue el transcurso de los años.

Los escolares habían concluido. Me encontraba estudiando Derecho en la Universidad Católica, en el tercer curso de dicha carrera, cuando la

poesía hizo su definitiva y poderosa eclosión. El terremoto sacudió los cimientos paternos de la familia. Mi padre —nunca lo supe del todo— parecía no comprender mi actitud. El anhelaba profundamente hacer de sus cuatro hijos varones, unos profesionales distinguidos. A ese propósito dedicó sus principales esfuerzos y lo logró. Pero en ese momento, el primogénito, el nacido en el día de su cumpleaños, se le rebelaba. Ahora veo cuán trágico, cuán gigantescamente doloroso debió parecerle el dislate de mis versos.

A fuer de tranquilo, mi padre sabía esperar el momento oportuno. Si bien tuvimos algunos entreviros violentos, comprendió rápidamente que la imposición de su propia voluntad, a esas alturas de mi vida, no era la senda más adecuada. Y, con grandiosa elocuencia y sana humildad natural, me propuso que terminara mi carrera para que ella sirviera de fundamento económico a mi destino artístico. Su actitud determinó en mí el firme propósito de no defraudarlo. Y, al contrario de muchos de mis contemporáneos, proseguí los estudios hasta egresar de la universidad. Todo lo “porro” que había sido en el colegio fue compensado, para dicha de mi padre, con resultados siempre

brillantes en todas las asignaturas de la carrera que, sin embargo, no habría de culminarla jamás con el título final ansiado. Pero eso ocurriría más adelante.

A su manera muy especial, muy personal y secreta, mi padre fue cariñoso. Sólo que descubrirlo constituyó la tarea de mi vida y requerí de toda mi experiencia para llegar a comprenderlo, si bien la experiencia culminante para tal logro fue su muerte, lo que habrá de marchar conmigo hasta el final de mis días como la puntuación más dolorosa de las páginas de mi existencia. Sí, porque esa muerte y la pérdida ya definitiva de mi padre son mis puntos suspensivos. Detrás de ellos, el arcano abre sus compuertas y se confunde con mi duda y con los harapos de mi fe, la que me inculcaron "a la antigua", en los diversos colegios religiosos de mi niñez y de mi adolescencia. Ambos padres, el de la tierra y el del cielo penden de estas grandes dudas que junto con zaherir y lacerar mi alma, me arrastran a la creación de la palabra rediviva y transfigurada de la poesía, así sea que por momentos la escriba en prosa.

Y lo cariñoso de ese padre adusto, arisco por veces, silente y lejano, breve de estatura pero gran-

de en ambiciones para sus hijos, aunque no así para sí propio, se tradujo en un compromiso conmigo que, al cumplirse, se volvió la más rica experiencia de mi vida y el mejor recuerdo esencial que me dejara y que quizá no supe nunca agradecerle con eficacia y justicia. Para que terminara mi carrera me prometió que al egresar de ella me regalaría un viaje a Europa. Esa permanencia en el viejo continente y, en particular, en España, determinó buena parte de mi destino. El reencuentro con el viejo pasado, con las raigambres de la raza, esa gran posibilidad de poner un pie en el plinto español de nuestra estatura y el otro, por nacimiento, depositado en las bases aborígenes de Temuco, en plena frontera hispano-mapuche, me dieron en lo interior recóndito del espíritu la realidad potente de un coloso de esta inmensa Rhodas que es Hispanoamérica.

II

Cierto clima de présago se instaló a mi alrededor en las antevísperas de mi viaje. Tuve que operarme de una apendicitis crónica, a fin de evitar que una crisis tuviera lugar en pleno océano.

Pero una fiebre persistente durante el período post-operatorio comenzó a prolongarse. Llegó a ser tan pertinaz que el médico tratante se decidió al fin a tomar el toro por los cuernos y me dijo que todo era producto de un agudo estado nervioso. Me autorizó, en consecuencia, a que abandonase el lecho de la clínica y el país en el día señalado.

Por aquel tiempo yo sentía un miedo cervical a los viajes en avión. Hice, en consecuencia, mi trayecto a la Argentina por tierra, cruzando la cordillera en el tren trasandino. Mi familia toda fue a dejarme hasta la ciudad de Los Andes y mis aventuras comenzaron tan pronto ocupé el camarote que se me había destinado. Mi compañero de viaje, al que luego también encontré a bordo del barco, no me fue ni grato ni agradable, y algún tiempo después, en París, me preparó una trampa con un grupo de matones franceses y españoles, con el propósito de robarme, que sólo conseguí evadir gracias a un golpe de intuición y a los espejos que rodean a los cafés parisinos del barrio de Pigalle.

Mi llegada a Buenos Aires —no sé si por alguna rara simbología secreta— coincidió con el Día del Trabajo, lo que me obligó a cargar mis pesadas maletas desde la estación de ferrocarril hasta el

hotel en donde me aguardaba Miguel Arteche. Sabedor este último de mi estado de debilidad postoperatoria, había venido a esperarme a la llegada y, por suerte para mí, me ayudó con la pesada carga. En la plaza de Mayo, Eva Perón deleitaba a millares de sus "descamisados" en medio de una gran ciudad paralizada y desierta, pero que por dóquier ostentaba este apotegma: "Perón cumple, Evita dignifica". Esa noche fuimos con mi compañero de estudios y organizador del viaje, el hoy abogado Jorge Herrera Devoto y Miguel, a recorrer la vida nocturna de esa primera capital extranjera que incorporaba a mi caja espiritual de caudales. Jorge Herrera había concebido el viaje para nuestro curso de Quinto Año de Derecho. Con increíble entusiasmo y dedicación salvó todos los obstáculos y finalmente sólo le respondí yo.

Nuestro inicial contacto con Europa fue Lisboa. En lo más íntimo sentí la emoción de pisar esas tierras lusitanas, cuyos hijos y sus gestas heroicas, no sin profunda dificultad y mayores esfuerzos, había yo absorbido en el genio de Camoens. También experimenté esa muy particular relación que nos imprime como un sello la poesía, la relación visceral y anímica con los poetas que amamos. Fer-

nando Pessoa, Ricardo Reis, Alvaro de Campos, todos en uno, se cernían sobre el cielo de Lisboa y en el ambiente de sus cafés. No menos señero aparecía por las callejas de la vieja capital, el hálito de Queiroz, enredado en el veloz espurriar de la dulzura de la lengua lusitana con que nos hablaban los taxistas y los camareros. Allí estábamos para devolver la mano a quienes, siglos antes, habían ido a dejar su impronta en nuestro continente.

El aire de Lisboa tenía color. Toda su característica arquitectura, sus plazas, sus monumentos, en particular el altísimo pilar de la estatua dedicada al poeta, al Camoens de hoy, de ayer y de siempre, aparece para el extranjero como un cuadro del mejor impresionismo. La naturaleza lisboeta descubrió el impresionismo antes de que los artistas lo tradujeran al lenguaje eterno de los dioses.

Han transcurrido más de treinta años y nunca más volví a tener la ocasión de visitar esa hermosa ciudad. Las pocas horas que entonces pasé en su regazo me bastaban para amarla como he seguido amando a las mujeres que mi viaje me mostró en un sueño y cuyas sedenas pieles rozaron la mía tal un lampo de luz exquisita, dejando

la marca de su esperanza y de su fe compartida conmigo en medio de la vorágine fugaz de ese periplo.

La primera tierra española que pisé fue catalana. Barcelona me abrió sus radas y me mostró su gran estatua de Colón, como el símbolo de una libertad que entonces no compartía España. Por las ramblas musité mis secretos *Deo gratias*, a medida que el entusiasmo de encontrarme en esa ciudad condal y hermosa se posesionaba de mí, cada vez con mayor garra. Habría de volver dos años más tarde para abandonar Europa desde su puerto en medio del áspero rasguño que para mis oídos resultaba el viril y fuerte idioma entonces prohibido de *Catalunya*.

Mi vida en Madrid fue intensa. Rápidamente me incorporé al mundo de los escritores hispano-americanos que por entonces ya se encontraban afincados en la capital. Uno de ellos, el colombiano Eduardo Cote Lemus, cuyos amores con actrices del teatro eran legendarios, sería uno de mis mejores amigos y compañeros. Su destino, sin embargo, era morir joven en medio del nacer de una carrera diplomática en tierras germánicas. De él conservo algunas misivas, algunos versos pergeña-

dos en algún papel y sus primeros libros, de los cuales escogí algunos para incluir en una antología que me encomendara el Instituto de Cultura Hspánica y que se publicó en 1952, bajo el título de "Cinco poetas hispanoamericanos en España".

El otro amigo que se integró a nuestro grupo fue el poeta nicaragüense, Ernesto Mejía Sánchez, amigo de Raimundo y Rosa Lida, a los que conocí por su intermedio, todos discípulos y colaboradores de Alfonso Reyes. Hombres de perspicaz inteligencia y clara sabiduría literaria.

El tercer amigo poeta era peruano. Se llamaba Alejandro Romualdo Valle, pero por entonces adoptó como nombre de guerra, Alejandro Romualdo a secas. Y así continúa siendo conocido en su país natal y en todas partes.

Las anécdotas de nuestras fiestas literarias son múltiples. Pero solamente quiero recordar alguna de aquellas que suscitó el implacable e indómito amor de Eduardo Cote por una "prima donna" del teatro español. Encontrándose ella de gira por Europa, mi amigo no pudo soportar su larga ausencia y cierto día, con ocasión de una de nuestras "tunas" universitarias, muy bien regadas de coñac y mostos previos, nos invitó a todos a la estación

de ferrocarril para recibir a la amada que, según nos dijo, llegaba esa noche. Una vez en la estación, se dirigió seguido de nosotros hasta un conjunto de vagones abandonados y, subiéndose en uno de ellos, procedió a montar la dramática pieza de teatro de una emotiva llegada. Se arrancó finalmente una mecha de cabellos y, simulando que pertenecían a la amada, los metió en una hogaza que llevaba en los bolsillos, procediendo a comérselos con parsimonia en el masticar y grandes lágrimas en los ojos. Conmovidos, sus amigos lo llevaron a una tasca cercana. Una vez dentro del típico negocio, preguntamos al propietario en cuanto valoraba sus existencias de licor y comida. Una vez escuchado el precio, se le pagó el doble y se le pidió que no volviera hasta el día siguiente. A puertas cerradas se lloró la ausencia de la amada del poeta que, trágicamente, se había tornado en el símbolo de amor de todos los poetas. Pero, cuando la actriz llegó de verdad, ni siquiera alcanzamos a conocerla, porque la realidad mató seguramente el fuerte amor del romántico colombiano.

Si bien es cierto que conocí a buena parte de los principales escritores peninsulares de entonces, mi mayor amistad fue con Vicente Aleixandre.

Durante muchas tardes compartí su compañía, mientras él reposaba en su jardín tendido en una hamaca. Allí se hablaba de poesía y de poetas. Llegamos a tener una buena amistad que él supo responder con generosa entrega.

Sabedor de que mis padres sufrían por el temor de que mi arte pudiera interferir en el logro de una base profesional sólida para mi futura manutención y la de mi potencial familia, escribió, a escondidas de mí y sin decírmelo sino por carta de despedida cuando supo que abandonaba España, una elocuente misiva a mi padre. Las reproduzco por constituir hoy en día, cuando él ha obtenido el Premio Nobel, un documento histórico de alma creadora y generosa, amante de la vocación de poeta, dispuesto a preocuparse del desconocido pero respetado joven artista que supo, quizá cómo, ganar su corazón y, según van ustedes a comprobarlo, su respeto. He aquí las dos cartas:

Miraflores de la Sierra, 17 de agosto de 1952

“Mi querido Alonso: Recibo tu carta y me sorprende con pena ver que ya vas a embarcar para tu tierra. Me había acostumbrado a saberte en

España y a contar contigo y con tu cariñosísima amistad como una cosa que no pudiera dejar lo próximo y lo tocable con la mano. Ahora te vas a marchar y, aunque seguiremos igual, no puede dejar de darme mucha pena la separación misma y saber que ya no te veré por Velintonia y que no cambiaremos tantas impresiones y palabras como en aquellas largas tardes buenas de toda esta continua temporada de meses. De años, puede decirse.

“Tu carta es magnífica. Eres como yo te sé: un hombre todo corazón, capaz de querer y de entender mucho, y puesto a ofrecer lo mejor de ti en un movimiento confiado que te retrata de cuerpo entero. Me dices tantas cosas hermosas, brotadas de ti, de tu alma, que me conmueve escucharte y comprendo el gran amigo que tú eres, y palpo tu capacidad de entusiasmo, e íntimamente te reconozco.

“Pienso en lo que me dijiste una de las últimas veces: en tu proyecto de volver por España cuando puedas, y esta vez con una beca, y eso me consuela y parece que hace más esperanzada la despedida.

“Me alegra mucho que de aquí te lleves tu primer libro y que aquí haya crecido tu poesía, en

una primera maduración, que a mí me da gozo que haya sido en esta tierra que es de los dos.

“Hace pocos días he recibido aquí en Miraflores, esta carta de tu buen padre. Te la envío porque sé que te dará una gran alegría leerla. Con testa a lo que yo le escribí y es una gran satisfacción haber podido leer y recibir esta carta, donde con tanta generosidad comenta y tanto encendimiento pone, y siento que estimo mucho a este hombre que tan bueno y tierno ha sido siempre, como tú me lo has hecho ver, y como él se retrata sin querer en su carta. Guárdala tú y sea para ti como un testimonio de la alegría que tú has sabido proporcionar a tu buen padre.

“Espero que mi carta todavía te coja en Madrid. Que tengas un felicísimo viaje y que la pena de abandonar esta tierra, que también tan tuya es, se borre, rumbo a tu casa, con la alegría de volver junto y ver a tus padres y hermanos, y participar de todo lo que ellos han pasado en estos últimos meses.

“Y sobre todo deseo que los problemas de tu casa los encuentres aclarados y reintegrados todos, contigo, a la felicidad. Este es mi más íntimo deseo.

“Como no es una despedida porque has de

volver a España, antes seguramente de que yo vaya a América, sólo te digo que pienso en tu poesía y que mi último deseo al abandonar tú esta tierra es que ella, tu poesía, te siga dando grandes alegrías y que siga para arriba, dispuesta a ser algo grande en las letras de nuestra lengua. En ella encontrarás a través de toda la vida, lo mejor de ti mismo.

“Adiós, Alonso. Con mucha pena pero con un gran gozo por tenerte como amigo, te doy un estrecho abrazo de corazón.

Vicente.

La otra misiva, dirigida a mi padre, decía así:

Velintonia, 3

(Parque Metropolitano)

Madrid, 9 de junio de 1952

“Señor Jorge Trejo G. (Mi padre se llamaba José, pero él se equivocó y lo llamó con el nombre de mi hermano segundo) Santiago.

“Muy señor mío y amigo. Me complazco en saludarle y ofrecerme como amigo. Lo soy muy verdadero de su hijo Guillermo (aquí conocido

con su nombre literario de Alonso Laredo), y deseo felicitarle por los éxitos obtenidos por su hijo. Desde que hace un año llegó, su carrera de poeta ha progresado mucho y hoy sus versos tienen un valor reconocido y acaba de publicar un libro "Así como en la muerte", con el que he pasado horas deliciosas de poesía y espíritu. Hace unos días regresó de un viaje por el norte de España, donde en diferentes ciudades dictó unas conferencias que le encargó el Instituto de Cultura Hispánica. Y dentro de unos días irá a Segovia, invitado por el Congreso de Poesía que acaba de convocarse y donde acudirán poetas españoles, hispanoamericanos y extranjeros.

"Le felicito por todos sus éxitos. Guillermo se lo merece, no sólo por sus cualidades literarias, sino por sus condiciones personales, que componen un simpático carácter de poeta y amigo. Yo le estimo mucho y deseaba mandarle a usted mi enhorabuena y saludarle por carta, ya que no lo puedo hacer en persona.

"Mi saludo para su señora y los hermanos de Guillermo, y téngame como un amigo, muy cordialmente

Vicente Aleixandre".

No he vuelto a España, según lo deseó mi amigo. No pude ni siquiera participar de cuerpo presente en su gloria literaria del Nobel. Mi padre, de la misma edad que él, pero mucho más sano de contextura, lo ha precedido en la muerte. Aleixandre todavía vive y ojalá lo haga por muchos años y, como Jorge Guillén, otro de mis conocidos en esa España de los cincuenta, sobrepase los 90 años para gloria y lucimiento de la poesía. Yo he permanecido en Chile desde entonces, con dos salidas esporádicas: una a Uruguay, en 1964, invitado a otro congreso de escritores que tuvo lugar en Piriápolis, pero que me permitió dictar una conferencia sobre poesía chilena en la Biblioteca Nacional de Montevideo, y otra a Ciudad de México, en 1979, adonde acudí para participar en un Congreso Internacional de Periodismo Científico, especialidad en la que me desempeñé por muchos años en *El Mercurio*.

A mi regreso de España sufrí un largo período de crisis vocacional que me llevó a incursionar en diversas actividades conducentes al buceo interior en el alma. Tras el anhelado *Gnothi seauton* griego y el *Nosce te ipsum* latino se escondía el propósito sincero y sereno de encontrarme de

nuevo con la poesía, a la que había abandonado, no a la manera del traidor o del cobarde, sino con renunciamiento heroico y decidido. Siempre he creído en ese género de renunciación —amplia, total, valiente— como paso auténtico para llegar a una verdad suprema.

Del mismo modo como había alcanzado a ver a orgullosas y milenarias ciudades europeas, capitales de grandes naciones, renaciendo de sus cenizas y sus escombros como aves fénix inmortales, caminé por dentro de mí, al principio sin rumbo, entre ruido de barrenos y chillidos de lascas que cortaban el aire de mi alma. Caminé al azar de mis propios impulsos. Una gran guerra destruía mis esperanzas de ser un poeta y destazaba mis laceradas carnes. Luché con denuedo. Sólo en 1966 me decidí a dar a luz un cuadernillo de poemas que tuvo por título “La poda”, ya que en efecto había sido el resultado de una rígida y severa escamonda. En el ínterin, me había dedicado a escribir prosa en *La Nación* y *Las Últimas Noticias*. Con mi nombre y con otro seudónimo que me puso, por su cuenta, Homero Bascuñán, mientras yo me encontraba en Montevideo: Juan Abreu. La crítica literaria la había ejercido tam-

bién en la Radio de la Universidad Técnica del Estado, junto a Gonzalo Drago y a Juvencio Valle. Sin embargo, mis opiniones sobre ese género en Chile y en sus aspectos generales, en todo nuestro tiempo, aparecieron en *La Nación*.

Después de “La poda”, nuevamente el silencio. Entre tanto, había comenzado, a instancia del poeta David Rosenmann Taub, a escribir cuentos y prosas en general. Aprovechaba mis turnos de noche en la Agencia France-Presse. De ahí nació “La casa del descalzado”, obra que este año recibiera los premios Municipal y de la Academia de la Lengua. Además múltiples cuentos que esperan su oportunidad en mis gavetas. Y desde hace algunos pocos años, la poesía ha vuelto a surgirme y a llenarme de una muy particular alegría lúcida y esencial. Uno de esos testimonios fue publicado, con éxito de crítica, pero no tanto de librería, en 1979, bajo el título de “Piel adentro”. Otro libro de poemas aguarda su tiempo mientras cumple su necesaria maceración: “El silo en la simiente”. Hay además un poema de relativa extensión que se intitula “Egloga sureña”. Sin embargo, en estos instantes mi preocupación estriba en terminar una “nouvelle” de tipo his-

tórico clásico, basada en un relato de Heródoto y que se denomina "Ocaso para un amanecer". Y este amanecer permanente y de lucha diaria, esta interacción sustantiva de las luces y las sombras, son las que llenan de justificación mi existencia. Como una cohorte de esperanzas, están junto a mí con su fe de siempre y de ahora, mi madre, mi mujer y mis hijos, los de la carne que también en imbricada interacción con los hijos de la luz, forman la obra humana y divina del hombre-artista. Sin este constante y cada día reiterado apoyo de mi compañera y de sus hijos que son lo más nuestro que poseemos, no podría, sin mentirme y mentir a todos, sostener mi erguida afirmación de ser un artista del verbo. Desde más atrás en el tiempo, sufriente y nerviosa, brilla en mi universo personal la fe de mi madre. Y ahora, en estos últimos años, como una eclosión de luz fraterna, ha venido a cimentarse con amor reiterado y generosa oferta de coparticipación integral, la fe de mis hermanos y sus familias, tan mías en el alma y tan reales en la sangre.

Quiero finalizar con estas palabras de Valéry, extraídas de sus *Fragments des mémoires d'un poème*. Traduzco casi al pie de la letra: Yo vivía

alejado de toda literatura, intocado de toda intención de escribir para ser leído y, por lo tanto, en paz con todos los seres que leen, cuando, hacia 1912, Gide con Gallimard me solicitaron que reuniese, para imprimirlos, algunos versos que yo había hecho veinte años antes y que habían aparecido en diversas revistas de la época. Me quedé muy sorprendido". Hasta ahí la cita, porque si bien mis poemas han sido escritos siempre con intenciones artísticas y hasta artesanales, por momentos, mi prosa siempre me fue requerida. Muchos de mis amigos escritores me solicitaron y aún me lo solicitan, que escriba sin parar cuentos y novelas cortas, en donde deje testimonio de mi propio ser que, para muchos, se expresa vitalmente en prosa, al mismo tiempo, que saque un justo provecho a las anécdotas que mis viajes me entregaron con relativa munificencia. A ello me estoy dedicando, no sin dolorosas y pacientes destrucciones de cuartillas y de alma, puesto que el placer de crear un poema, se ha transformado en el dolor de parir seriamente un escrito. Y de pronto, con ese terror que se posesiona de todo creador frente a su obra nonata, me veo transformado por una sociedad no ávida de arte ni de

literatura, pero sí de profesionales de cualquier cosa o actividad, en un profesional de aquello que fue, por años, mi gran secreto y que, por pequeñas y distanciadas vaharadas en el tiempo; fui entregando sin especiales ambiciones, pero como el testimonio que sentí que era mi deber dejar. De igual modo que mi autor antes citado, creo que la literatura se propone, antes que nada, frente al hombre, como una vía de desarrollo de nuestras potencialidades de invención y de excitación, dentro de la más grande libertad, ya que ella tiene como sustancia y como agente, a la *palabra*, desligada de todo su peso utilitario inmediato y subordinada a todas las ficciones y agrados imaginables. Sin embargo, la condición de actuar sobre un público indistinto desgasta inmediatamente esa bella promesa. El objeto de un arte no puede ser otro que producir —afirma el poeta— algún efecto placentero, el más placentero de los efectos, en verdad, en personas desconocidas, que son las más numerosas o las más delicadas que puedan darse. Cualquiera que sea la salida de esta empresa, nos compromete en una dependencia de los demás, en la cual el espíritu y los gustos que nosotros le prestamos se introducen en lo íntimo del nosotros.

Finaliza su pensamiento Valéry —y de igual suerte yo, el mío— diciendo que en este encuentro con el público lector renunciamos, sin saberlo, a todo exceso de rigor o de perfección, a toda profundidad difícilmente comunicable, a no seguir nada que no se someta, ni a concebir nada que no sea finalmente imprimible, *car il est impossible d'aller en compagnie jusqu'au bout de sa pensée, où l'on ne parvient jamais que par une sorte d'abus de souveraineté intérieure*". (Porque es imposible ir acompañado hasta los extremos de nuestro pensamiento, adonde no se llega nunca sino por una suerte de abuso de soberanía interior).

Y este es el temor radical, el reconcomio del alma que teme pecar contra los dioses, robando una vez más el fuego eterno. Por ello es que tiemblan las entrañas del artista, que presiente los picotazos desgarradores en su vientre prometeico. Tironeado por sus deseos de comunicarse y sus exigencias de perfección, el artista lucha sin tregua por encontrar ese feliz término medio, ese *chung-lung* que planteó Confucio, el justo medio que no necesariamente está en la mitad de los caminos o los hechos, sino allí donde reina la armonía y la interacción de cualquier contrario en procura de

la unidad del ser. El artista, como cualquier otro fenómeno natural, sólo percibirá y logrará ese equilibrio cuando su propio conocimiento, su mejor dominio del propio yo le permita sentir la sección áurea de su creación, ese justo medio donde reina la tranquilidad extática y a la vez activa de la belleza comunicada y comunicable.

EPILOGO

Yo he amado siempre el desorden, aunque he procurado imponerme el orden. Una prueba de mi proclividad a ese desorden es este epílogo que debió ser, más bien, el prólogo de este pergeño de biografía sucinto. Deseo aquí decir cuatro nutridas palabras sobre los libros. Ese importante papel que los autores juegan, con sus obras, en la formación de un escritor.

Desde el punto de vista de la poesía, mi formación fue relativamente ordenada. A partir de un conocimiento, si no cabal bastante completo de los clásicos en los albores de mi amor ya desatado por la poesía, se sumó luego un conocimiento de las poesías inglesa, alemana y francesa. Algo des-

pués también la portuguesa y sólo mucho más tarde y en parte, la escandinava y la rumana. De los escritores nórdicos conocí mejor la prosa y fueron importantes para mí Sillampaa, Eucken, Pontoppidan, Undset, Laxness, etc.

Sin embargo, entre los autores mimados, cuyas formas de enfrentar la prosa más se acomodaban a mis propios anhelos, estuvieron Grazia Deledda, la maravillosa venezolana Teresa de la Parra, el excelentísimo poeta de la narración que es William Goyen, con su "Casa del Aliento", Juan Rulfo, el príncipe de Lampedusa, Karen Blixen, con *Africa Mía, Sombras en la Hierba*; Benito Lynch con su *Inglés de los Güesos*, Dino Buzatti, Raymond Radiguet, Camus.

No debo tampoco olvidar la poesía oriental, especialmente la órfica, la árabe y la china. En forma de estudio deliberado, emprendí la ardua tarea de leer en latín, a los poetas latinos que tuve a mano, en ediciones bilingües, apoyado en los textos castellanos, costumbre que he mantenido hasta hoy en día. Por una época lo hice también con los griegos, especialmente con los yambógrafos, elegíacos y arcaicos, de algunos de los cuales

solamente se conservan despojos y jirones de versos.

En esta larga y accidentada excursión por la creación literaria de todos los tiempos y regiones del orbe, he dejado un delicuescente y agradable letargo que se extiende por mi biblioteca y causa estupor en mis hijos por todo lo que significa la tarea de tanta lectura en una época en que se lee tan poco. Sin embargo, el resabio y el sedimento que los libros dejan en el escritor, la inmensa comunicación que se logra con lo mejor de los autores que se lee y la enseñanza que surge para saber tratar la experiencia personal por medio de la palabra, así como el impulso y desarrollo de la imaginación y la fantasía, forman el basamento y la fundación de lo que llamamos *nuestra* obra, que es tan nuestra como de todos y para todos: un orgulloso acto de generosidad placentera.

Esa generosidad la he recibido yo mismo y no solamente de los libros. Reflexiono:

La vida en penumbra. Ha comenzado el atardecer de una existencia más, esta vez, la mía, y cuando apenas se insinuaban en mi mente las respuestas a las experiencias y estímulos, en plena adolescencia, comencé a sentir la importancia real

y evocadora de la música. Domingos completos sumido en el éxtasis, luego de semanas de internado y de estudios forzados, aprovechando la locura similar a la mía de un tío político que dilapidó su fortuna con su pasión por este arte y su general acompañante, la bohemia y la cabeza a pájaros.

Esta costumbre adquirida tan joven de escuchar música, nunca me ha abandonado. Desde Buxterhude o Palestrina o el canto gregoriano, el padre Vitoria o las músicas del Renacimiento, hasta los románticos, los impresionistas o los dodecafonistas, todos los compositores han sido mis cómplices y mis grandes procuradores de ideas, de ambientaciones y de emociones. Sin la música, mi resistencia para soportar lo aciago no habría logrado defender mi vida de acechanzas, desilusiones, traiciones y verdaderos peligros. Vida, poesía y música han sido, pues, los alimentos de mi espíritu.

Esta que he mostrado aquí, como una ficción creativa, es mi biografía; pero es, sobre todo, mi senda hacia lo que más amo: la libertad con belleza y la belleza en libertad.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Osvaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi
Maité Allamand
Teresa Hamel
Guillermo Trejo



COEDICION
ZAMORANO Y CAPERAN
LIBRERIA Y EDITORIAL
EDITORIAL NASCIMENTO